

## FORMAS DE MIRAR

### Notas sobre espacio urbano y memoria

Pablo Sztulwark

“Es lícito comparar, y no de manera metafórica, (...) una ciudad con una sinfonía o un poema; son objetos de una misma naturaleza. Posiblemente más preciso aún, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y el artificio (...). Es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura, individuo y grupo; vivido y soñado, la cosa humana por excelencia”. Claude Levi-Strauss

I

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves? reza el verso de una bella canción que ya tiene algunos años. La pregunta del poeta no es una pregunta menor, es una pregunta que construye un gran problema: el problema de la mirada. Qué ves, con qué máquinas conceptuales miramos lo que miramos. Así formulada, ya no parece ser una enunciación de poeta. Sin embargo, sigue siendo una interrogación que merece ser atendida. La mirada, entonces, es el punto de partida de este trabajo. O tal vez, no sea la mirada sino las miradas. Es decir, el conjunto de operaciones y procedimientos con que percibimos al mundo.

Tratándose del espacio urbano y la memoria, mirar no es medir lo que hay con herramientas técnicas sino inventar maneras de sentir y pensar cada una de las configuraciones en cuestión. Sobre esas distintas maneras de mirar (en rigor, de construir espacio urbano y memoria), pretendemos hacer eje en las páginas que siguen. Para esta tarea, nos concentraremos en algunos contrapuntos conceptuales que, sospechamos, nos permitirán indagar diversas nociones de urbanismo y memoria.

II

1. ¿Cómo definir ciudad en función del asunto que buscamos pensar?

Para cierta tradición de pensamiento, la ciudad es esencialmente su organización material (la organización del espacio, y también la de los objetos e imágenes que la componen). Según esta manera no hay ciudad sin planificación; la ciudad es planificación. El resto resulta accesorio, complemento o agregado, en síntesis, materia secundaria. Para esta perspectiva, la planificación es la columna vertebral de la ciudad. En otros términos, la escena primaria y fundante que inaugura la existencia (¿traumática?) de la ciudad: espacios, sitios, lugares, recorridos. Mirar la ciudad, de esta manera, exige mirarla como una organización sólida, estable, jerárquica que produce vida social. Estamos ante la ficción estatal por excelencia: planificación del espacio que es planificación de la vida.

La planificación fue, y en cierta medida lo sigue siendo, un término clave de la macropolítica. Sin ir muy lejos, resulta incomprensible la experiencia del socialismo real pero también de las políticas intervencionistas del siglo XX más allá de la gran planificación. Los planes quinquenales, las proyecciones a largo plazo, los debates sobre crecimiento y desarrollo... nos recuerdan que la política latía al ritmo de una temporalidad detalladamente programada. Bajo este paradigma, la planificación se convirtió en el modo dominante de pensar, sentir y actuar de las instituciones más diversas. Entonces, tanto el tiempo como el espacio se transformaron en los objetos predilectos de la planificación estatal.

2. En función de este propósito, para Suely Rollnik<sup>1</sup>, resulta necesario distinguir dos maneras de aprehender al mundo: la mirada cortical y la mirada subcortical. Comencemos por la mirada con la que estamos más familiarizados: mirar un objeto, mirar desde afuera, mirar con frialdad. La perspectiva cortical, producto de la sensibilidad planificadora, percibe las cosas conservando las formas establecidas. La distancia, a la sazón, es la regla de aproximación: el sujeto observa al objeto pero no se deja afectar por lo observado. Asimismo, este modo de mirar tiene su historia, y no se trata de cualquier historia. La mirada cortical es hija de una máquina institucional: las instituciones disciplinarias, a partir de fines del siglo XVIII, produjeron una subjetividad hecha de una serie de operaciones fuertemente corticales. A saber: vigilancia jerárquica, sanción normalizadora y procedimiento del examen. Desde aquel tiempo, mirar resultó una empresa fundamentalmente identitaria que confirmar lugares, representaciones y jerarquías pre-existentes.

Sin embargo, hay otras formas de mirar. La mirada subcortical, por ejemplo, es una experiencia de otro tenor. ¿Qué es mirar según esta variante? Por un lado, abandonar la contemplación distante del objeto. O en otros términos, renunciar al ideal positivista de ciencia: observación y relación sujeto/objeto. Por otro lado y como consecuencia de lo primero, dejarse afectar por el mundo sensible: es decir, desplegar la sensibilidad vibrátil. Resulta claro, en este orden de cosas, que la perspectiva subcortical construye una subjetividad que entiende al mundo no como un objeto sino como un conjunto heterogéneo de fuerzas en movimiento constante. No hay dudas de que las consecuencias subjetivas de esta disposición son muchas y variadas. Entre otras: pasamos de la objetividad a la subjetividad como estrategia sensible.

¿Por qué introducir tal distinción conceptual en este momento del recorrido? Porque cortical y subcortical nos permiten contraponer dos modos de relación con lo urbano. Mientras la mirada cortical se concentra en los sitios esenciales, trascendentes y monumentales de la ciudad planificada, es decir los nudos de lo que se visualiza como planificado, la mirada subcortical parece olvidar la planificación en beneficio de las situaciones, los acontecimientos y las singularidades urbanas. En síntesis: dos formas de mirar, dos maneras de andar por la ciudad y fundamentalmente por la vida. Ahora bien, no se trata de tomar partido por una u otra visión. Más bien, la tarea consiste en multiplicar las herramientas conceptuales para mirar.

3. Hay un libro en el que se aprenden muchas cosas: El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos<sup>2</sup>. Podríamos decir que es un texto que nos regala una exquisita concepción de lo urbano que se riñe con la imagen monumental, planificada y ordenada de la ciudad. Para Manuel Delgado, la condición urbana es “un estilo de vida marcado por la proliferación de urdimbres relacionales, deslocalizadas y precarias”. La dinámica urbana, entonces, no reside en la impugnación de la estructura planificada en nombre de una planificación más bella, más buena y más justa de la ciudad sino en la activación de movimientos en conformación permanente. Ante la planificación citadina, la urbe no propone “mejores” planificaciones. Todo lo contrario. Abre otra dinámica: movimiento, agitación, fluidez.

Nos hallamos ante dos sensibilidades con las que tenemos que trabajar: ciudad planificada y urbanidad en proceso de constitución<sup>3</sup>. Mientras que la ciudad es un gran asentamiento de

---

<sup>1</sup> Psicoanalista y curadora brasileña.

<sup>2</sup> Manuel Delgado: El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos, Anagrama, Barcelona, 1999

<sup>3</sup> En otro fragmento de El animal público, Delgado presenta una brillante oposición: urbano no se opone a rural, urbano se opone a comunal. Estamos ante una antiquísima oposición histórica entre formas de vida. Por un lado, la existencia comunal: obligaciones rutinarias, roles previsibles, fórmulas tradicionales.

construcciones estables ocupado por una población multitudinaria y densísima, la urbanidad es un tipo de enlace que puede darse en la ciudad o no. Pero qué tipo de enlace es. No es una asociación planificada, la urbanidad es movilidad y agitación. Y sus principios de articulación son: vínculos no forzosos y laxos, encuentros estratégicos pero fortuitos, acontecimientos inesperados y sin embargo poderosos. Ahora bien, como efecto de ese modo singular de desplegarse, lo urbano es lo que está en estado de estructuración. No es lo que ya está estructurado por la planificación, tampoco lo que no está estructurado. Es aquello que se está estructurando. Por eso mismo, su equilibrio es inevitablemente precario y coyuntural, casi artesanal. En definitiva, estamos ante una organización micropolítica.

Así caracterizada, la urbanidad es un modo de producir lo social que teje con otras agujas y otros hilos. Es cierto que no se trata de una estructura planificada de una vez y para siempre. Como su ontología es radicalmente otra, su destino son los materiales perecederos y dispersos. Por eso mismo, pensar desde la ciudad y pensar desde la urbanidad nos llevan por caminos distintos. La empresa, entonces, consiste en transitar ambos espacios.

### III

1. ¿Y la memoria? Para cierto enfoque institucional, la memoria es consecuencia de la repetición. Los monumentos, piezas claves de la memoria histórica nacional, hicieron de la reiteración su estrategia de recuerdo. Al respecto, la secuencia es bien conocida: plaza, calle, monumento, museo, retrato, efemérides, himno y siguen las marcas. Se trata de una nominación que se repite, se trata de una reiteración que produce nominación. Ahora bien, la repetición -que congela y reproduce un nombre- es producto de un agente específico: el urbanista o el funcionario. La memoria, de esta manera, resulta una operación estrictamente estatal. Diría Weber: monopolio legítimo de la memoria.

Para otra perspectiva del asunto, la memoria es un tipo de operación distinta. En un bellissimo libro: *Mal de alturas. Viaje a la Bolivia insurgente*, el Colectivo Situaciones se pregunta por el estatuto de la memoria como nutriente de la vida: "ciertos picos del pensamiento filosófico admiten una doctrina según la cual lo viejo no es lo más antiguo, ni lo nuevo lo más reciente, sino que lo viejo nace viejo y lo nuevo lo es por la eternidad. Lo viejo no es lo anacrónico y lo nuevo no admite la lógica de la moda y el snobismo. Lo viejo sería aquello que está separado de la capacidad de crear. Siempre separado, siempre impotente. Lo nuevo, en cambio, es la añeja posibilidad de producción. Por eso, lo viejo es lo contemporáneo no renovado, y lo nuevo debe actualizarse"<sup>4</sup>.

La cita en cuestión resulta atrapante porque hace un contrapunto entre dos maneras de construir memoria. La memoria vieja es aquella que resulta de la repetición y no está dispuesta a dejar de ser lo que alguna vez fue. Ama lo que es, lo ama demasiado. Entonces, la vanidad la disuelve en eso que alguna vez fue. Fuga al pasado o estrategia defensiva. Mientras que la memoria antigua es la que se reactualiza en diálogo con lo nuevo creador y en esa operación genera la posibilidad de producción. Si algo ama esta memoria, es la posibilidad de ser crear, recrear, recrearse. La fascinación por lo pasado cae porque emerge otra potencia vital. En definitiva, se trata de dos modos de relación con lo previo: uno que se pierde en la conservación de lo viejo y otro que se arma en la relación creadora entre lo antiguo y lo nuevo.

Si partimos de esta última consideración, la memoria es una fina operación en el presente. Como sostenía el historiador italiano Benedetto Croce: toda historia es historia contemporánea.

---

Por el otro lado, la existencia urbana: movimiento, agitación, contingencia. En los pliegues de la planificación moderna, emerge la vida urbana.

<sup>4</sup> Colectivo Situaciones: *Mal de Alturas. Viaje a la Bolivia insurgente*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2006

¿Por qué? Porque la significamos desde el presente, porque el presente es el único territorio en el que se construye y reconstruye la subjetividad. Pensando en la Argentina, por ejemplo, no fue lo mismo construir nuestra historia en 1880, en 1945, en 1976 o en 2001. La actualización hizo de la coyuntura una marca ineliminable. El presente, nuevamente el presente. En definitiva, no hay margen para el escape.

Según el filósofo italiano, Paolo Virno, la memoria es un recuerdo del presente. Bellísima imagen, realmente bella. ¿Qué recordamos? Pero sobre todo, ¿por qué recordamos aquello que recordamos? Por fuerza del presente. El recuerdo, así calificado, es una ocurrencia o una configuración contemporánea. No es el pasado sino el presente el que me impulsa en cualquier dirección. Lo que me atormenta y me serena, lo que me entristece y me alegra, lo que me debilita y me potencia...En rigor, el presente es el único tiempo en el que se conjuga la vida humana.

La ciudad, entonces, es una producción presente. No hay dudas que tiene sus marcas e historia, pero esas marcas e historia son una operación actualizada. Justamente por eso, la ciudad (la que tiene 2000 años pero también la fundada antes de ayer) es actual en la medida en que es actualizada: habitada, transitada, afectada, pensada, marcada...desde un hoy, un hoy que se nutre y nutre lo antiguo (lo pasado que potencia) y desprecia lo viejo (lo pasado que debilita).

2. Para Henri Bergson, espacio y movimientos son categorías enérgicamente diversas. Si bien el sentido común tiende a asimilar espacio recorrido con movimiento, el filósofo nos recuerda que esa asociación es, por lo menos, ilegítima si se trata de pensamiento. Más allá de esta primera afirmación provocadora, nos interesa hacer eje en otro juicio sobre el movimiento que expone Bergson en *La evolución creadora*<sup>5</sup> y que, tal vez, pueda orientarnos en la redefinición de la noción de memoria.

Según el gran pensador del movimiento, tendemos a reconstruir el movimiento con instantes o posiciones. Sin embargo, esa reconstrucción puede adoptar modalidades más antiguas o más modernas. Comencemos, como corresponde, por lo antiguo. Por ejemplo, la percepción del movimiento en las sociedades antiguas era, como no podría ser de otra manera, un producto de la sensibilidad epocal. Como las organizaciones antiguas eran jerárquicas, hipersólidas y estamentales, su comprensión del movimiento estuvo marcada por esa ontología. Por eso, se trataba de una rareza que hasta generaba desconfianzas y celos. Así mismo, la movilidad social no formaba parte del horizonte de posibilidades. Sin ir muy lejos, el hombre que nacía siervo o dependiente, moría bajo esa condición. En definitiva, como el estado "natural" de las cosas tendía a la estabilidad, el movimiento era visto -por los habitantes de esas lógicas tradicionales- como el paso inestable entre dos estabilidades, como el intervalo irregular entre regularidades. Bergson da un ejemplo magnífico, el de las poses o instantes privilegiados en la danza clásica.

Claro está que, para esa cosmovisión, el orden era enternecedor y el movimiento aterrador. Por otra parte, el movimiento estaba marcado por la jerarquía. Si bien se trataba de un fenómeno extraordinario que contradecía el sentido común estático, el movimiento estaba atravesado por el valor tradicional: la jerarquía. En síntesis, los movimientos antes que movimientos eran jerárquicos.

Otra representación del movimiento es hija de la modernidad. Tras las revoluciones científicas de los siglos XVI y XVII y las agitaciones políticas y sociales burguesas y proletarias, el movimiento adquiere protagonismo. Entonces, la libertad de movimiento es un imperativo de los nuevos tiempos: si los siervos permanecían anclados al feudo, los trabajadores comienzan a

---

<sup>5</sup> Bergson, Henri: *La evolución creadora*

circular al ritmo del capital. Además de la circulación física de personas y capitales, nace la movilidad social: ascenso social, progreso, desarrollo. Ahora bien, al mismo tiempo que el movimiento se convierte en una dimensión constitutiva de la subjetividad moderna, la fluidez también se distanciaba de la jerarquía. Para las revoluciones científicas modernas, no hay movimientos relevantes, privilegiados y trascendentes. Se trata de un gran viraje: de elementos formales trascendentes (poses) a elementos materiales inmanentes (cortes). O en términos de Deleuze, "pasamos de un orden dialéctico de poses a una sucesión mecánica de instantes cualesquiera". Si seguimos lo señalado por el pensador francés, estamos ante dos lógicas subjetivas distintas: la codificación que produce solo poses y el flujo de instantes coyunturales. Resumiendo: si la pose supone un ordenamiento sucesivo de lugares imposible de ser alterado, los instantes forman parte de un fluido que no se deja anticipar.

Por otra parte, esta mutación en el estatuto del movimiento (de antiguo a moderno) resulta impensable si no consideramos las distintas consecuencias en las formas de mirar que introducen los conflictos sociales, las mutaciones políticas, las revoluciones científicas modernas. El movimiento adquiere existencia autónoma cuando deja de ser entendido como el intervalo entre dos ordenamientos, es decir, en clave de no-orden. Pasamos de un movimiento proyectado como inestabilidad respecto de un orden al movimiento como fluido. Dicho en perspectiva histórica, ingresamos a la modernidad. Finalmente, este ingreso también significó que la noción de movimiento se puliera de ciertos residuos antiguos: por ejemplo, la suposición de que hay poses más relevantes y más monumentales que tantas otras. En el flujo, todo lo sólido se desvanece en el aire. Por no decir, todo lo jerárquico se desvanece en el líquido.

3. ¿Por qué convocar al gran Bergson a esta cita de pensamiento? Porque solemos pensar la memoria con una categoría demasiado antigua de movimiento. En primer lugar, le memoria se nos aparece como una configuración estable que carece de movimiento. Además, esa configuración es percibida como construida de una vez y para siempre. Como consecuencia de esto, resulta intocable. Gran problema que sea intocable tanto para las políticas de la memoria como para las estrategias de tramitación individuales y sociales de los traumas y las catástrofes. En segundo lugar, cuando nos preguntamos por la memoria, respondemos solamente a partir de hechos relevantes, monumentales y grandiosos. Más antigüedad, demasiada para tiempos que corren. Otro problema político y subjetivo enorme que la memoria se reduzca a tales relevancias. Seguramente porque nuestro punto de partida es éste, algunos conceptos del filósofo del movimiento puede ser un buen antídoto contra el sentido común (estático y monumental) de la memoria que no nos permite hacer/trabajar con lo pasado.

Así mismo, la planificación también es heredera de cierta visión antigua del movimiento. Cuando diseñamos la macropolítica de la ciudad, construimos un movimiento hecho de cortes relevantes: la avenida central, el monumento histórico, el edificio representativo. Lo mismo sucede con la memoria: la avenida nos recuerda un héroe relevante, el monumento una conmemoración, el edificio una intensa significación. La trascendencia es la que organiza la estadía en la ciudad. Pero ¿la ciudad no tiene otras memorias más allá las marcas monumentales? Sí, claro que sí. Pero el asunto es si las podemos percibir en su especificidad con miradas corticales, y la respuesta es obviamente no.

Si la "ciudad antigua" está hecha de relevancias (monumentos, edificios históricos, avenidas centrales), la "urbe moderna" se compone de experiencias de otra estirpe: la esquina donde me encontré con mi mujer por primera vez, la plaza que recorrí miles de veces camino a la escuela, la calle que me recuerda los encuentros con el amigo que ya no está. Pero también tiene marcas colectivas: los escraches en la puerta de la casa de Videla o las pintadas de la JP durante la proscripción del peronismo. Ni esa esquina ni esa plaza ni esa calle, tampoco el escrache o la pintada, se dejan tomar por la ciudad planificada. Tal vez ninguno de estos lugares sean relevantes para la ciudad monumental, pero lo decisivo aquí es que la potencia de un

acontecimiento subjetivo convierte el sentido de un espacio y un tiempo. Como hay una memoria urbana que no resulta de la planificación estatal, hay recorridos que construyen marcas comunes aunque no formen parte de ninguna intervención monumental. Sin embargo, esa memoria y esos recorridos, nunca planificados, instituyen, una y otra vez, vidas urbanas. Suspendemos la trascendencia y entramos en el terreno de la inmanencia. Es en la inmanencia, que la situación urbana, la multiplicidad, el acontecimiento, puede tener lugar.

#### IV

Luego del recorrido por diversas nociones, nos enfrentamos nuevamente con el problema de partida: el problema de la mirada; la relación entre tres términos: mirada, espacio urbano y memoria. Tratándose de las conclusiones de este trabajo, no se trata de ensayar una respuesta al problema de marras. Más bien, vale reconsiderar el asunto después del recorrido expuesto. Veamos, entonces.

Este recorrido nos permite pensar desde otra perspectiva un asunto cardinal para el pensamiento arquitectónico y del diseño: El proyecto. En función de lo planteado hasta aquí, el proyecto no puede ser estimado como una cuestión que empieza y termina en los modos de organización y construcción del espacio, ni los objetos, ni las imágenes. Cuando proyectamos, la mirada técnica es necesaria pero insuficiente. La vida no se deja reducir a una dimensión, mucho menos a la técnica. Es más que eso, mucho más. Por eso mismo, proyectar no significa, retomando la distinción de Rollnik, concentrarse en una perspectiva cortical o en una subcortical. Más bien, implica multiplicar las miradas sobre el problema. Si la pregunta es la ciudad, la memoria o las formas de construir memoria en la ciudad, la interrogación no se potencia cuando hacemos eje en una mirada y excluimos la otra. En contraposición, la interrogación crece al ritmo de las diversas percepciones puestas a consideración.

Ahora bien, pensar el problema de la mirada desde el espacio urbano y la memoria, transforma al problema. La pregunta no es qué miramos cuando miramos sino con qué aparato perceptivo intuimos lo urbano y la memoria. Si lo pensamos desde aquí, estos términos se anudan, de tal modo, que ya no es posible considerar cada cuestión en sí misma. ¿Qué significa esto? Significa que cuando construimos mirada, construimos memoria. Pero también construimos memoria cuando producimos nuevas formas de enlace urbano en la ciudad. La vida urbana, por otra parte, instituye habitantes que ya no se pueden pensar mirando desde afuera. La ciudad, de esta manera, deja de ser un objeto ajeno, y la vida urbana se despliega. Con la memoria sucede lo propio. Así percibidas, ciudad y memoria son, como diría Michel de Certeau espacios practicados, territorios en construcción permanente, lugares en los que se despliega la vida. Tratándose de la vida, la tarea es inevitable: mirar, volver a mirar, mirar de nuevo con otros ojos.

Texto publicado en Seminarios. Espacio Tiempo. Pensamiento practicados. Compilación Cátedras coordinadas Manteola, Sztulwark, Turrillo.